

# Cuando Hitler robó el conejo rosa

Judith Kerr





[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

Título original: WHEN HITLER STOLE PINK RABBIT

© 1972, JUDITH KERR

© De la traducción: 1978, M.<sup>a</sup> LUISA BALSEIRO

© 1978, 1986, 2009, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© 2007, SANTILLANA EDICIONES GENERALES, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043, Madrid.

© De esta edición:

2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4374-6

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustración de cubierta: ADOLFO SERRA

Ilustraciones de interior de la autora

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Kerr, Judith

Cuando Hitler robó el conejo rosa / Judith Kerr ; ilustrado por  
Judith Kerr. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :  
Santillana, 2015.

336 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4374-6

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Kerr, Judith, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

# **Cuando Hitler robó el conejo rosa**

Judith Kerr

Ilustración de cubierta de Adolfo Serra

Ilustraciones de interior de la autora

loqueleg



*A mis padres, Julia y Alfred Kerr*



Anna volvía del colegio con Elsbeth, una niña de su clase. Aquel invierno había nevado mucho en Berlín. La nieve no se había derretido; los barrenderos la habían apilado en el borde de las aceras, y allí había permanecido semanas y semanas, en tristes montones que se iban poniendo grises. Ahora, en febrero, empezaba a deshacerse, y había charcos por todas partes. Anna y Elsbeth, calzadas con botas de cordones, los iban saltando.

Las dos niñas llevaban abrigos gruesos y gorros de lana para tener abrigadas las orejas, y Anna llevaba además una bufanda. Anna tenía nueve años, pero era bajita para su edad, y los extremos de la bufanda le colgaban casi hasta las rodillas. También le tapaba la boca y la nariz, de modo que lo único que se le veía eran sus ojos verdes y un mechón de pelo oscuro. Se había apresurado porque



quería comprar unos lápices de colores en la papelería y ya era casi la hora de comer; pero iba tan sin aliento que se alegró de que Elsbeth se detuviera a mirar un gran cartel rojo.

—Es otro retrato de ese señor —dijo Elsbeth—. Mi hermana la pequeña vio uno ayer y se creyó que era Charlie Chaplin.

8 Anna contempló la mirada fija y la expresión severa. Luego dijo:

—No se parece en nada a Charlie Chaplin, como no sea en el bigote.

Leyeron el nombre que había debajo de la fotografía.

*Adolf Hitler.*

—Quiere que todo el mundo le vote en las elecciones, y entonces les parará los pies a los judíos —dijo Elsbeth—. ¿Tú crees que le parará los pies a Rachel Lowenstein?

—A Rachel Lowenstein no la puede parar nadie —respondió Anna—. Es capitana de su clase. A lo mejor me para los pies a mí. Yo también soy judía.

—¡Tú no!

—¡Claro que sí! Mi padre nos estuvo hablando de eso la semana pasada. Dijo que éramos judíos,

y que, pasara lo que pasara, mi hermano y yo no debíamos olvidarlo nunca.

—Pero vosotros no vais a una iglesia especial los sábados, como Rachel Lowenstein.

—Eso es porque no somos religiosos. No vamos a ninguna iglesia.

—Pues a mí me gustaría que mi padre no fuera religioso —dijo Elsbeth—. Nosotros tenemos que ir todos los domingos, y a mí me dan calambres de estar sentada.

Elsbeth miró a Anna con curiosidad.

—Yo creí que los judíos tenían que tener la nariz ganchuda, pero tú la tienes normal. ¿Tu hermano tiene la nariz ganchuda?

—No —dijo Anna—. La única persona que hay en casa con la nariz ganchuda es Bertha, la criada, y se le quedó así porque se la rompió al caerse del tranvía.

Elsbeth empezaba a impacientarse.

—Pues entonces —dijo—, si por fuera sois como todo el mundo y no vais a una iglesia especial, ¿cómo sabéis que *sois* judíos? ¿Cómo podéis estar seguros?

Hubo una pausa.

—Supongo... —empezó Anna—, supongo que será porque mi padre y mi madre lo son, y supongo que sus padres y sus madres también lo serían. A mí nunca se me había ocurrido pensarlo, hasta que papá empezó a hablar de eso la semana pasada.

10 —¡Pues es una tontería! —dijo Elsbeth—. ¡Todo son tonterías, lo de Adolf Hitler, lo de que la gente sea judía y todo lo demás! —echó a correr, y Anna la siguió.

No se pararon hasta llegar a la papelería. Allí había alguien hablando con el hombre del mostrador, y a Anna se le cayó el alma a los pies cuando vio que era *fraulein* Lambeck, que vivía cerca de su casa. *Fraulein* Lambeck estaba poniendo cara de oveja y diciendo: «¡Tiempos terribles, tiempos terribles!». Cada vez que decía «tiempos terribles» meneaba la cabeza, y le bailoteaban los pendientes.

El hombre de la papelería dijo: «1931 ya fue malo, 1932 fue peor, pero, fíjese en lo que le digo, 1933 será peor que ninguno». Luego vio a Anna y Elsbeth y preguntó: «¿En qué puedo servirlos, pequeñas?».

Anna estaba a punto de decirle que quería comprar unos lápices de colores cuando *fraulein* Lambeck la descubrió.

—¡Si es Anna! —exclamó *fraulein* Lambeck—. ¿Cómo estás, Anna? ¿Y cómo está tu papá? ¡Qué hombre tan maravilloso! Yo leo todo lo que escribe. Tengo todos sus libros y siempre le oigo por la radio. Pero esta semana no ha escrito nada en el periódico..., espero que no sea porque esté enfermo. Estará dando conferencias por ahí fuera. ¡Ay, nos hace mucha falta en estos tiempos terribles!

11

Anna esperó a que *fraulein* Lambeck acabase, y luego dijo:

—Tiene la gripe.

Eso dio lugar a otro alboroto. Cualquiera habría pensado que la persona más próxima y querida de *fraulein* Lambeck se hallaba a las puertas de la muerte. *Fraulein* Lambeck sacudió la cabeza hasta que sus pendientes repiquetearon, sugirió remedios, recomendó médicos: no dejó de hablar hasta que Anna le hubo prometido que le transmitiría a su padre sus mejores deseos de pronta curación. Luego, ya desde la puerta, se volvió y dijo:

—No le digas que con los mejores deseos de *fraulein* Lambeck, Anna: ¡dile que de una admiradora!

Y por fin desapareció.

12 Anna no tardó nada en comprar sus lápices. Luego ella y Elsbeth se quedaron paradas delante de la papelería, en medio del viento frío. Allí era donde normalmente se separaban, pero Elsbeth remoloneó. Hacía mucho tiempo que quería hacerle a Anna una pregunta, y aquel parecía buen momento.

—Anna —dijo Elsbeth—, ¿es bonito tener un padre famoso?

—Cuando te encuentras a alguien como *fraulein* Lambeck, no —repuso Anna, poniendo rumbo a casa distraídamente mientras Elsbeth la seguía, igual de distraídamente.

—No, pero ¿aparte de *fraulein* Lambeck?

—Yo creo que es muy bonito. Entre otras cosas porque papá trabaja en casa, así que le vemos mucho. Y a veces nos dan entradas gratis para el teatro. Y una vez nos entrevistaron para un periódico, y nos preguntaron qué libros nos gustaban, y mi hermano dijo que Zane Grey, ¡y al día siguiente le mandaron una colección entera de regalo!

—Ojalá mi padre fuera famoso —dijo Elsbeth—. Pero no creo que llegue a serlo nunca, porque trabaja en Correos, y no es el tipo de cosa que le hace a uno famoso.

—Si tu padre no llega a ser famoso, a lo mejor tú sí. Una de las pegas de tener un padre famoso es que casi nunca llega a serlo uno mismo.

—¿Por qué no?

—No sé. Pero casi nunca se oye de una misma familia donde haya habido dos personas famosas. Eso me pone triste a veces.

Y Anna suspiró.

Estaban ya junto a la verja pintada de blanco de la casa de Anna. Elsbeth intentaba febrilmente pensar en algo por lo que ella pudiera ser famosa, cuando Heimpi, que las había visto por la ventana, abrió la puerta de entrada.

—¡Dios mío! —exclamó Elsbeth—, ¡hoy llego tarde a comer!

Y salió corriendo calle arriba.

—Tú y esa Elsbeth —gruñó Heimpi mientras Anna se metía en casa—. ¡Se os va a caer la lengua de tanto moverla!

Heimpi se llamaba en realidad *fraulein* Hempel, y había cuidado de Anna y de su hermano Max desde que nacieron. Ahora que ya eran mayores se ocupaba de las tareas de la casa mientras ellos estaban en el colegio, pero le gustaba mimarlos cuando volvían.

14 —Vamos a quitarte todo esto —dijo, desenrollando la bufanda—. Pareces un paquete mal atado.

Mientras Heimpi le quitaba cosas de encima, Anna oyó que en el cuarto de estar sonaba el piano. De modo que mamá estaba en casa.

—¿Seguro que no traes los pies mojados? —preguntó Heimpi—. Entonces, date prisa y ve a lavarte las manos. Ya casi está lista la comida.

Anna subió la escalera alfombrada. Entraba el sol por la ventana, y afuera, en el jardín, se veían todavía algunas manchas de nieve. De la cocina subía olor a pollo. Daba gusto volver a casa del colegio.

Cuando abrió la puerta del cuarto de baño hubo un revuelo dentro, y Anna se encontró frente a su hermano Max, que bajo su pelo rubio tenía la cara colorada como un tomate y escondía algo tras de sí.

—¿Qué pasa? —preguntó Anna, aun antes de descubrir la presencia de Gunther, el amigo de Max, que parecía igualmente azarado.

—¡Ah, si eres tú! —dijo Max, y Gunther dijo, riendo:

—¡Creíamos que era una persona mayor!

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Anna.

—Es una insignia. Hoy hemos tenido una pelea fenomenal en el colegio: los nazis contra los socis.

—¿Y quiénes son los nazis y los socis?

—A tu edad ya deberías saberlo —dijo Max, que acababa de cumplir los doce años—. Los nazis son los que van a votar a Hitler en las elecciones. Los socis somos los que vamos a votar en contra.

—Pero si a vosotros no os dejan votar —dijo Anna—. ¡Sois demasiado pequeños!

—Pues nuestros padres —dijo Max enfadado—. Es lo mismo.

—De todos modos, les hemos ganado —dijo Gunther—. ¡Si hubieras visto cómo corrían! Entre Max y yo cogimos a uno y le quitamos la insignia. Pero no sé qué va a decir mi madre cuando me vea los pantalones.



Y al decirlo bajó la vista, compungido, a un gran roto de la tela gastada. El padre de Gunther estaba sin trabajo, y en su casa no tenían dinero para comprar ropa nueva.

—No te preocupes, Heimpi te lo arregla —dijo Anna—. ¿Me dejáis ver la insignia?

16 Era una chapa pequeña de esmalte rojo, con una cruz negra con los brazos doblados.

—Se llama una esvástica —dijo Gunther—. Todos los nazis las tienen.

—¿Qué vais a hacer con ella?

Max y Gunther se miraron.

—¿Tú la quieres? —preguntó Max.

Gunther negó con la cabeza.

—Se supone que no debo tratarme con los nazis. Mi madre tiene miedo de que me partan la cabeza.

—No pelean limpio —asintió Max—. Usan palos, piedras y de todo.

Dio la vuelta a la insignia, con repugnancia creciente:

—Pues yo desde luego no la quiero.

—¡Tírala por el váter! —dijo Gunther.

Y así lo hicieron. La primera vez que tiraron de la cadena no se fue para abajo, pero a la segunda,